

Isidoro Bover Oliver

* Vinaroz (Castellón) - 2 mayo 1890
† Castellón - 2 octubre 1936

En Vinaroz tenía Mosén Sol muchas personas amigas. Cuando iba al pueblo y disponía de tiempo, el hoy beato hacía una visita al matrimonio Bautista-Dolores. Dolores era una de sus muchas dirigidas espirituales.

Se trataba de una familia muy religiosa: contaba con dos hermanos sacerdotes y tendrían tres hijos también sacerdotes. Uno de estos sería Isidoro. Pero vayamos con calma.

El 2 de mayo de 1890 nacía Isidoro. Poco tiempo pudo gozar del calor cariñoso de su madre. Apenas tenía seis años cuando se le fue al cielo. Desde entonces y hasta que ingresó en el Seminario, pasó a vivir con un tío suyo sacerdote. De él guardará toda la vida un grato recuerdo. Murió salvando a un chico que se ahogaba en el mar. También recordará con frecuencia unas palabras oídas a Mosén Sol cuando era pequeño: «Nos decía que cuando fuéramos mayorcitos nos metería en su bolsillo y nos llevaría hasta Tortosa para que fuésemos sacerdotes».

Y a Tortosa fue para ser sacerdote. En el Colegio de San José fue recibido por Mosén Sol. Tenía diez años. En él cursó los estudios de Latín, Filosofía y primero de Teología. En 1910, a los diecinueve años, ingresó en la Hermandad de Sacerdotes Operarios y fue destinado a Tarragona. Aquí debería atender a la sección de Filosofía y terminar sus estudios de Teología. En 1912 recibió la ordenación

sacerdotal en su pueblo natal, de manos del arzobispo de Granada, paisano y amigo de la familia y de Mosén Sol. Como solamente tenía veintidós años hubo de pedir dispensa de edad.

Al día siguiente de su primera Misa partía de casa rumbo a México. Le esperaba una situación muy difícil en el Seminario de Cuernavaca. Esta era una ciudad en continuas guerras entre zapatistas y gubernamentales, prácticamente aislada del resto de la nación: ni entraban ni salían trenes. Los que se arriesgaban eran trenes militares con fuerte escolta y a veces no alcanzaban su destino. En ocasiones les faltó hasta el alimento más imprescindible. Por este motivo el Seminario se había trasladado a Tacubaya, en el Distrito federal de México. Aquí estuvo Isidoro desde octubre hasta finales de año, fecha en que el obispo les pidió que fueran con él a Cuernavaca. Viajó en un tren militar escoltado por cerca de 300 soldados armados, con algunas secciones de ametralladoras y un cañón. Isidoro se va acostumbrando ya a las revueltas militares, experimentará la persecución a la Iglesia y el mal trato a los sacerdotes.

En el Seminario trabaja con mucha ilusión y a tiempo completo. Demasiado trabajo. Debilidad… siente vahídos y ha de agarrarse al altar cuando celebra para no caerse. Debe ir a México en otro tren militar para hacerse ver por un médico. En el primer aniversario de su ordenación tiene la suerte de celebrar la Santa Misa en Guadalupe. Mejora y regresa de la misma forma a Cuernavaca. Poco después esta ciudad es sitiada, faltan alimentos y han de mandar a los seminaristas a sus casas. Don Isidoro dirá en una de sus cartas que «llevan más de quince días sin probar el pan». En 1914 los zapatistas se apoderan de la ciudad. Se confirma la persecución al clero, ni reciben cartas ni pueden enviarlas. No les quedó más remedio que abandonar Cuernavaca. Pero… ¿cómo? Más de doce horas andando hasta poder coger un tranvía que los llevase a la capital.

De México a Tortosa: octubre de 1914. Aquí le esperaba una misión bien distinta: escribir. Tenía cualidades y muy buena formación. Dominaba el inglés, el francés y el latín. Escribe con garbo y se le lee con gusto. En este apostolado de la pluma pasará los restantes

años de su vida. Y del poco tiempo libre sacará tiempo para otras actividades: dar Ejercicios espirituales a sacerdotes y a seminaristas, hacer el doctorado en Teología, suplir varios meses en el Seminario de Almería a un compañero enfermo… y hacer un viajecito a Roma acompañando a don Benjamín Miñana. Esto era un premio a su actividad. «Siempre se le veía ocupado, era muy laborioso».

Como director de «El correo josefino» es conocido en todos los ambientes eclesiásticos. De él decían que «era feliz haciendo felices a los demás».

Tortosa - Vinaroz - Castellón

La revolución le pescó trabajando en Tortosa. El 22 de julio se fue a su pueblo. El cochero que hacía el servicio de la estación al pueblo lo reconoce y se niega a llevarle porque es sacerdote. Se esconde en una cantina y manda aviso a su familia. Esta recurre al alcalde, el cual da una orden para que lo lleven a casa de un sobrino. Allí aprovecha para traducir un libro del inglés.

La situación era muy peligrosa y delicada. El alcalde, persona buena, pero sin poderes para controlar la situación, le invita, lo mismo que a otros sacerdotes, a que se entregue y pasen a la cárcel de Castellón. Allí estarán más seguros. Por unirse a los otros compañeros y evitar peligros a la familia con la que vive, se entrega. Días después, el único sacerdote que no se entregó apareció muerto de madrugada a las afueras del pueblo.

La Columna de Hierro había venido «a matar curas». Días antes de su muerte escribía a su hermano José María: «Las cárceles, que se han quedado vacías de criminales, están ahora llenas de gente honrada». Y el mismo día de su muerte pudo presenciar personalmente como la «Columna de Hierro liberó a los presos por delitos comunes y llevó a fusilar a los que no tenían delitos».

En la cárcel hicieron Ejercicios espirituales. Sabían que iban a morir y se preparaban. No quería que su familia lo visitase para evitarles peligros. Pidió libros: Fabiola o la Iglesia de las catacumbas,

un diccionario de inglés, etc. A una prima le dijo que «podían estar contentos porque iban a tener dos mártires en la familia».

Un preso que estaba en la cárcel con ellos por ser Guardia Civil y católico, narrará todos los pormenores de estos días, incluido el martirio. Cómo iban sacando a los presos por grupos para fusilarlos, las conversaciones y ánimos que mutuamente se daban, las palabras de despedida… hasta el mismo acto de la ejecución, ya que él también fue llevado en el mismo grupo, pero en el momento de recibir la ráfaga de la ametralladora no le tocó ninguna bala y cayó al suelo sin ser herido. Cuando los milicianos desaparecieron, se levantó y huyó. Don Isidoro murió por ser sacerdote, perdonando, ofreciendo su vida a Dios y gritando: «¡Viva Cristo Rey!» junto a los demás compañeros.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Oh Dios, que con la sangre de tus sacerdotes
Isidoro y compañeros
fecundaste su labor apostólica,
orientada especialmente a la formación sacerdotal,
concede, por su intercesión,
que surjan en tu Iglesia dignos ministros del altar,
que nosotros seamos fieles en el servicio de tu Reino.
y la gracia que te pedimos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org